

las llamas eternas: María Santísima del Cármen después de favorecernos en esta vida, intercederá con su Santísimo Hijo por nosotros en la hora de nuestra muerte, y después sacará nuestras almas del purgatorio para conducirnos á la gloria, según la promesa hecha por sus mismos labios al Pontífice Juan XXII, privilegio extraordinario contenido en la Bula Sabatina, aprobada por muchos soberanos pontífices y autorizada por la Iglesia. Privilegio singular, que junto con los demás concedidos, á los que visten el Santo Escapulario del Cármen, nos demuestran claramente la verdad de la proposición que senté al principio, á saber: que el Santo Escapulario del Cármen, es la prenda de un amor mútuo y permanente entre María y los carmelitas.

Virgen Purísima del Carmelo, protectora nuestra: los que vestimos la librea que nos da á conocer por esclavos tuyos, te suplicamos humildemente que no sean perdidos para nosotros por nuestras culpas los grandes privilegios que nos has concedido por vestir tu Santo Escapulario. Alcanzad para esta nación Mariana, paz estable y duradera: haz que se alejen de nosotros las enfermedades contagiosas, las guerras y las demás plagas con que el Señor castiga á los iníquos: cúbrenos con ese manto de piedad, defiéndenos para que no seamos víctimas del Leviatan soberbio que intenta devorarnos, y en suma, alcánzanos la divina gracia á fin de que muriendo con la muerte preciosa de los justos, llegue un día, en el que en tu compañía, cantemos eternas alabanzas á tu Santísimo Hijo Jesús nuestro Redentor, que con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de esencia y Trinidad de Personas, vive y reina en la Sion Santa de la Gloria, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. *Amen.*

## SERMON

PARA EL DÍA

### DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

*¿Que est ista, que progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*

¿Quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado?

Cant. cap. VI, v. 9.

Venerable coro de Vírgenes del Señor, piadoso auditorio: La impiedad y la incredulidad, hánse propuesto desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros mismos días, sostener una lucha porfiada contra la Esposa Inmacula de Jesús, nacida de su divino costado, según la brillante expresión del grande Agustino. Deseosos de borrar el cuadro hermoso de sus glorias, y de hacer que la verdad sirviera de escabel al error y á la mentira, pusieron siempre en juego los más artificiosos medios, y desde aquel instrumento del infierno que por la oración del Príncipe de los apóstoles pagara su atrevimiento y osadía, estrellándose en lo mejor de su vuelo en presencia

de todo un pueblo, hasta el siglo XVIII, padre y maestro de este en que vivimos, en que Voltaire, el patriarca de la impiedad, recibia felicitaciones por la eterna ruina de la católica Iglesia, y desde los dias del reinado del sofista Federico, hasta estos que vamos atravesando, siempre se han regocijado los enemigos de la Iglesia, siempre llenos de ilusiones han creido hallarse en la última época del catolicismo. Diez y ocho siglos y mas de perpetuidad no ha sido para ellos una prueba. Ciegos muchos soñadores de nuestros dias, y guiados por otros mas ciegos que ellos, unos y otros necesariamente caen en el precipicio, segun la espresion del Evangelio (1), y no cierran sus ojos para partir al sepulcro, sin conocer el error que les guiara.

Cada vez mas gloriosa vió la Iglesia caer los tronos, venir por tierra los imperios, hundirse en el polvo las dinastías, y vióse á veces víctima tambien de las revoluciones, despojada de sus bienes y hasta de los vasos sagrados. Empero esto es para ella momentáneo. Años y aun tal vez siglos no son suficientes para consolidar los tronos y volver la suspirada paz á las naciones, y la Iglesia entretanto en un momento se eleva y se ensalza, se presenta á las sociedades, si puedo decirlo así, mas santa y mas divina.

Cosa es de observacion, señores; mientras que como el humo desaparece la mundana gloria de los enemigos de la Iglesia, y por otros nuevos se corrompe á la sociedad proclamando una anarquía espiritual y política, ideas ciertas de perdicion, la Iglesia celebra sus solemnidades y sus fiestas con

(1) *Cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt.*  
Math. cap. XV, v. 14.

tanta tranquilidad y gozo, como celebrarlas pudiera en los dias de sus mayores triunfos. Y concretándonos á nuestra española nacion, aquella fé predicada por el apóstol Santiago y acogida con tanto entusiasmo por nuestros mayores, no se ha entibiado por fortuna en los nobles pechos de los hijos de la pátria de los Recaredos y Fernandos. En vano se ha tratado en nuestros dias de destruir los cimientos de nuestra augusta religion: en vano se ha querido socavar nuestra unidad católica: lejos de enfriarse nuestra fé, el amor á Dios y á su Iglesia, la devocion ardiente á la Santísima Virgen, bajo cuyo patrocinio está la España, se aumenta cada dia de un modo maravilloso y providencial, á pesar de los esfuerzos de los enemigos de la religion y de la patria.

Esto que siempre es un consuelo para el orador evangélico, lo es muy extraordinario para mí al ocupar en esta mañana la cátedra de la religion, para hablaros de la Asuncion gloriosa de la Santísima Virgen á los cielos: al dirigir mi vista hácia ese coro de esposas de Jesucristo, doy gracias á la Providencia que ha permitido que á pesar de tantos trastornos, y á través de tantas persecuciones se hayan conservado entre nosotros estos jardines hermosos, estos plantales de virtudes, estos alcázares de santidad, desde los cuales tantas almas justas dirigen sus oraciones á Dios en favor nuestro. Y al estender una mirada sobre el numeroso auditorio que viene á escuchar las alabanzas de Maria, mi corazon se dilata de gozo al contemplar los triunfos del catolicismo.

Cristianos: vosotros que por conviccion huis de las pestilenciales cátedras de una filosofia errónea, no olvideis que esa felicidad que os anuncian y ofrecen

los llamados reformadores es falsa: no hay felicidad fuera del rebaño de Pedro: ¿deseais vivir de tal modo que vuestra vida sea el camino de vuestra salvacion eterna, y vuestra muerte la puerta que á ella os conduzca? La Iglesia os presenta hoy el mejor modelo que podeis imitar: la Asuncion de la Santísima Virgen á los cielos es el libro donde podeis aprender la ciencia de la salvacion, que es sin duda el estudio mas interesante y de mayor utilidad. La Asuncion de la Virgen fué el premio de sus virtudes. Haciéndoola ver en su muerte, en su Asuncion y en su coronacion, procuraré alentar vuestra devocion á esta gran Señora. Presenciando su muerte que no fué otra cosa que un sueño de amor, un tránsito apacible y gozoso, os resolvereis á practicar las virtudes para que vuestra muerte sea preciosa: *Primera Parte*. Considerando su Asuncion gloriosa á los cielos, adquirireis un vivo deseo de ser habitantes de la patria celestial y os resolvereis á evitar los obstáculos que para ello os oponga el mundo: *Segunda Parte*. Asistiendo en espíritu á su coronacion por reina de ángeles y hombres, se alentará vuestra esperanza por tener en el Empíreo, á mas altura que los ángeles y todos los bienaventurados protectora tan benéfica: *Tercera Parte*.

Virgen Purísima, angelical criatura, que te ves sublimada á tanta gloria; para hablar de tus mayores triunfos, necesita este indigno ministro de tu Santísimo Hijo especiales auxilios de la divinidad. Nada soy y ningun mérito tengo que poder presentar para conseguir mi demanda. A tí, pues, me acojo ¡oh, candidísima Maria! Presenta tus relevantes méritos ante el acatamiento divino, y alcánzame las gracias que necesito en esta mañana, para ser fiel

intérprete de la divina palabra. Mientras tanto nosotros en fuerza del amor que te profesamos te saludamos llena de toda gracia. *Ave María*.

#### PRIMERA PARTE.

¡Morir!... Tal es, venerable comunidad y cristiano auditorio, el destino del hombre. Aquel individuo á quien el orden de la Providencia ha colocado sobre un trono, y á cuya voz obedecen millares de vasallos; aquel gran conquistador que no puede ya contar el número de sus batallas, y que cubre sus sienes con coronas mil del laurel mas escogido; el que nada en la abundancia como el infeliz que no posee otro caudal que los miseros harapos con que cubre su desnudez, todos sin escepcion corren presurosos para la tumba. Están contados los pasos del hombre sobre la tierra, y no andará uno mas de los que les está señalado en el reló de la Providencia. No hay cosa mas cierta, ni que mas nos recuerda la esperiencia de cada dia, ni tampoco por desgracia hay cosa mas olvidada de la mayor parte de los cristianos. Por elevada que sea una criatura, por grande que sea su destino, tiene que pasar por el trance de la muerte. Empero yo distingo con la Escritura Santa, dos clases de muertes: muerte desgraciada y muerte feliz: muerte del pecador obstinado que es pésima en los ojos de Dios (1), y muerte del justo que es preciosa á los divinos ojos (2). Es la primera, efecto preciso de una vida desordenada, de una vida criminal, al paso que consiguen la segunda,

(1) Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII, v. 22.

(2) Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus. Ps. CXV, versículo 15.

aquellos que temerosos de Dios, ó bien conservaron sin mancha la blanca estola de la inocencia, ó bien borraron su infidelidad por una saludable penitencia. Por esto dice San Bernardo, que de la vida pende la muerte y de la muerte la eternidad.

¡Mas qué es esto! ¿El fatal decreto impuesto á toda criatura, ha de envolver tambien á María? ¿Habrá de pasar por la muerte la que no pasó por el pecado? Así como un privilegio singular la preservó del pecado original, ¿no podrá ser por otro igual, libre de la muerte? Así, hermanos míos, parece á la prudencia humana que debiera ser, puesto que la muerte os pena del pecado, del que María fué libre. Empero María debía ser semejante á su Divino Hijo, y Dios quiso por lo tanto que ella muriese como habia muerto Jesus. A mas de esto, María debía enseñar á los fieles que componen la Iglesia, y con su muerte debía enseñarnos á morir con la preciosa muerte de los santos. La muerte de la Señora no fué otra cosa que un tránsito dulce y agradable: tan santa como habia sido su vida, habia de ser su muerte. Es indudable, pues que nos lo dice el Espíritu Santo, que allí donde la criatura cree tener su tesoro, allí tiene fijo su corazón; y como el tesoro de María era su divino Jesus, su corazón no aspiraba á otra cosa que á unirse á él para siempre; por lo que sabiendo por revelacion divina el momento de su muerte, se llena de regocijo, y con la próxima esperanza de abrazarle, queda desfallecida de amor. Este amor fué su única enfermedad: su alma se separó de su cuerpo para volvérselo á unir, y que su bendito cuerpo, sin pasar por la corrupcion y sin esperar á la resurreccion de la carne, subiese á la mansion de la felicidad eterna.

¡Qué muerte tan feliz! ¡Qué tránsito tan glorioso el de la Madre de nuestro Salvador! Así como mirais con horror y espanto la muerte del malvado, porque veis tras ella con los ojos de la fé una eternidad desgraciada, no podeis menos de admiraros y bendecir al Señor, cuando presencias la muerte del justo. En aquellos momentos supremos, mirais con aborrecimiento el pecado, y deseais necesariamente que cuando os sorprenda el tránsito para la eternidad, os coja preparados por la práctica de las virtudes cristianas. Ningun modelo, pues, mas eficaz, os puede servir para ello que la preciosa muerte de la Santísima Virgen: su muerte fué mas preciosa que todas las muertes. ¿Y por qué? Porque su vida fué la mas pura, la mas santa de todas las vidas, escluyendo tan solo la de su Divino Hijo. Demos, pues, una pincelada al cuadro de sus virtudes, de esas virtudes heroicamente practicadas, efecto de las cuales fué la preciosidad de su muerte. Su consideracion os hará caminar por la senda de la justicia, y os hará acreedores á morir con la preciosa muerte de los justos.

Y desde luego el deseo de poseer todas las grandezas de la tierra, el apego á los bienes perecederos del mundo, es lo que hace amarga la memoria de la muerte á los mundanos, segun la espresion del Espíritu Santo (1). Nada hubo para la bienaventurada Madre del Salvador mas distante de su corazón que el apego así á las grandezas de la tierra como á las riquezas, móvil por lo comun de trastornos y de pecados. Hija de muchos reyes y soberanos pontifices, descendiente de tantos ilustres patriarcas, como nos

(1) ¡Oh mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis! Eccli. cap. XLI, v. 1.

refiere San Mateo en el capítulo primero de su Evangelio; no obstante estar elegida para un destino superior al de toda criatura, cual era el dar nuestra naturaleza en su purísimo vientre al que era Hijo del Eterno Padre, y alimentarle con el suavísimo nectar de sus pechos, nace hija de Joaquin y Ana, que pobrementemente vivían en la pequeña villa de Nazaret en Galilea. Lejos de hacer conocer María sus derechos á tener parte en la casa real, como quiera que estuvo dotada de un entendimiento superior, que no empezó á desarrollarse en ella cuando es comun venir la criatura al uso de la razón, sino que nació adornada con tan rica joya, apenas tiene tres años cuando mirando con desden el mundo y sus vanidades se propone atesorar, no esos bienes mundanos que corrompen la polilla y el moho, y están espuestos á la codicia de los ladrones, según la espresion del Evangelio (1), sino bienes que depositándose en el cielo, no están espuestos á tales contingencias; esto es, bienes de virtudes y santidad. Así es que abandonando los cuidados que con ella tenían sus santos padres, en alas del amor se dirige al templo, para entregar á Dios todo su corazón y emplearse en aquel santo lugar al noble ejercicio de la piedad. Dóciles y obedientes á la voluntad de Dios, Joaquin y Ana despréndense de su amadísima hija, y ella llena del mayor consuelo y regocijo dirige sus pasos en busca de su amado, sin volver la cara al mundo que se había propuesto abandonar. Dentro del templo María es ya verdaderamente una torre inespugnable, fuerte cual un ejército ordenado

(1) S. Math. cap. VI.

en forma de batalla, á la cual no vencerán los tiros del enemigo de las almas, y á cuyos lábios jamás podrá acercarse la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia. ¡Ah! Feliz el real profeta que á través de los siglos penetró divinamente iluminado la Presentacion de María al templo. Así debemos comprenderlo cuando le oímos cantar: *Adducentur Regi Virgines post eam* (1). Si queremos descubrir las ocupaciones de María en el templo y el objeto de sus oraciones, oigamos á San Buenaventura en su Vida de Jesucristo, donde nos dice que la Santísima Virgen estando en el templo, dirigía diariamente al Señor siete peticiones, cuales eran la gracia de amarle con un amor perfecto; de amar á todos sus prójimos del modo que Dios quiere que le amemos; de tener siempre aborrecimiento al pecado y á cuanto desagradara á su Divina Magestad, que la adornara de una humildad profundísima y de todas las demas virtudes; que tuviera la dicha de conocer á aquella Virgen que Isaías había anunciado que concebiría y daría á luz al Hijo de Dios; gracia que no dejó de pedir hasta que por revelacion supo que sería ella misma: pedia también al Señor espíritu de obediencia al sumo pontífice, á los sacerdotes y demas personas de quienes dependía, suplicándole por último que mirase á su pueblo con ojos de piedad, conservando su religion, dignándose mandar cuanto antes al prometido Mesías.

El voto de castidad con que María se consagra á Dios en el templo, no podría menos de llamar la atención de los mismos sacerdotes, toda vez que

(1) Ps. XLIV.